

EL DIPLOMÁTICO PACIFICADOR: EL VIAJE DE FEDERICO GAMBOA POR CENTROAMÉRICA, 1899-1900

Harim B. Gutiérrez-Márquez

Introducción

En las postrimerías del siglo XIX, siendo México parte del ajedrez de la política regional centroamericana, el gobierno porfirista decidió tomar un papel más activo. México sería la cabeza visible de un esfuerzo conjunto con El Salvador para tratar de llevar la paz a la entonces convulsa región. México quería asegurar su frontera sur, la cual podría verse amenazada por eventuales disturbios centroamericanos y una posible intervención de los Estados Unidos en la zona. El Salvador, enfrentado con Guatemala, buscó la ayuda de México como un contrapeso a su favor. El protagonista principal de este episodio fue el encargado de negocios *ad interim* de México en Guatemala, Federico Gamboa (1864-1939), quien es mejor conocido por su destacada carrera literaria y su novela *Santa* (1903). Este trabajo es un avance de otro más amplio que versará sobre la gestión diplomática de Gamboa en Guatemala.



Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Correo electrónico: habegmar@hotmail.com

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 31, enero-junio del 2000.



Federico Gamboa, escritor y diplomático mexicano

El proyecto de la conferencia de paz

A fines de 1899 las relaciones entre México y Guatemala no eran precisamente tersas, circunstancia que el gobierno de El Salvador, entonces enemistado con el régimen de Manuel Estrada Cabrera, trató de aprovechar.¹

Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores de México, le ordenó el 16 de noviembre de 1899 a Federico Gamboa, encargado de negocios en Guatemala, que se trasladara tan pronto como pudiera a San Salvador, donde recibiría nuevas instrucciones.²

Ese mismo día, en la ciudad de México, Rafael Saldívar, plenipotenciario de El Salvador, había presentado a Mariscal un memorándum con varios puntos: Su gobierno solicitaba al mexicano "apoyo moral para mantener la paz" en Centroamérica; proponía que se ordenase al ministro de México en Guatemala trasladarse a San Salvador, donde se pondría de acuerdo con el presidente, el general Tomás Regalado, para dirigirse a la república donde "su presencia sea más necesaria"; el representante mexicano debería declarar que el ánimo de su misión era preservar la paz, por ser las guerras perjudiciales para la prosperidad y el crédito de la región y, eventualmente, comprometedoras para los intereses mexicanos; el representante mexicano debería interponer sus buenos oficios en caso de que hubiese mala voluntad entre los gobiernos centroamericanos, y expresar su deseo de que dichos gobiernos cumplieran las leyes de neutralidad y evitaran la formación de expediciones contra sus vecinos; si sus esfuerzos fuesen inútiles, el representante mexicano expresaría que su gobierno se pondría de parte del régimen que tuviera la justicia; los salvadoreños declaraban que en ese momento sus relaciones con Guatemala y Costa Rica eran "excelentes", "buenas" con Honduras y

¹ Cfr. Cosío Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. El Porfiriato, vida política exterior, primera parte*, México, Editorial Hermes, 1988, pp. 610-618.

² Ignacio Mariscal al ministro mexicano en Guatemala. México, 16 de noviembre de 1899. Archivo Histórico Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D. F., (en adelante AHSREM), expediente 6-13-107, f. 1.

“frías” con Nicaragua; - los salvadoreños pedían que se ordenara por telégrafo al representante de México en Guatemala trasladarse a El Salvador, para recibir allí más instrucciones.³

La cancillería mexicana accedió y adoptó el memorándum, aunque rehuyó el punto 5 y modificó el 3, para rechazar la idea de que México amenazaría a gobiernos recalcitrantes y se pondría de parte de quien tuviese la justicia.⁴

Poco antes de salir a San Salvador, Gamboa fue visitado por Francisco A. Reyes, plenipotenciario de El Salvador en Guatemala; Reyes le confió que Saldívar había ido a México para conseguir que don Federico, “invocando el prestigio que México ejerce en todo este istmo”, procurara un avenimiento entre los intereses encontrados que podían iniciar una conflagración en Centroamérica. Días después, cuando Gamboa fue notificado oficialmente de su misión, Reyes lo felicitó efusivamente; otras personas, entre ellas el ministro del Exterior guatemalteco, le expresaron también sus parabienes a Gamboa, quien sospechaba que el efusivo salvadoreño había divulgado el objeto del viaje.⁵

Se intentó mantener en reserva el objeto del viaje de Gamboa, pero ya era un secreto a voces. Manuel Estrada Cabrera le dijo que presumía que México tenía intenciones pacíficas para Centroamérica, que no vacilaba en “entregarse a Gamboa sin condiciones”⁶ y le pidió que le arreglase una entrevista con Tomás Regalado, para desvanecer la creciente tirantez que había entrado entre ambos.

³ Acuerdo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 21 de noviembre de 1899. Este acuerdo trae anexa una copia del “Memorándum que Rafael Saldívar, Ministro Plenipotenciario de El Salvador, presenta a Su Excelencia el Señor Licenciado Ignacio Mariscal, Secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores de México” sin fecha. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 5-7.

⁴ *Idem*; Cosío Villegas, Daniel, *Op. Cit.*, p. 611.

⁵ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 20 de noviembre de 1899. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 10-14.

⁶ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 22 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 38-51. En otras palabras, Estrada Cabrera le estaba manifestando a Gamboa que contara con su aprobación incondicional para todas las gestiones de paz del mexicano en Centroamérica. *Cfr.* Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México; Guatemala, 19 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 78-93.

Según Gamboa, esa tirantez se debía a la desaparición súbita y completa del “exceso de consideraciones” de que disfrutó la legación salvadoreña en Guatemala, luego de que unos exiliados guatemaltecos, procedentes de El Salvador, iniciaron una revuelta fracasada en el departamento de Jutiapa. La relación bilateral se enfrió y Estrada Cabrera tuvo un buen pretexto para iniciar una campaña represiva contra sus opositores, fuesen ajenos o no al alzamiento.

Deudos y familiares de los procesados por la sublevación acudieron a Gamboa –según él “en demanda del amparo que sólo México puede prestarles”–, quien intercedió ante Estrada Cabrera y logró que no fuesen juzgados en Jutiapa, sino en la capital; con esto, el encargado de negocios consideró haber devuelto la tranquilidad a las familias de los acusados, pues se temía que éstos fuesen asesinados en el camino. Estrada Cabrera le concedió además la salida del país a José Samayoa, quien llevaba quince días oculto para evadir una orden de arresto.⁷

Bajo la bóveda estrellada de un cielo tropical

Gamboa partió el 20 de diciembre. Acompañaba a Francisco Reyes, quien lo invitó a hacer el viaje juntos. Llegó al puerto salvadoreño de Acajutla a la mañana siguiente, y fue recibido por el subsecretario de Relaciones Exteriores, Juan J. Cañas, y otros dignatarios.⁸

En un tren expreso puesto a su disposición por el gobierno, Gamboa llegó a Sonsonate, donde le ofrecieron una comida de 60 cubiertos, en un local engalanado con los pabellones de México y El Salvador, los retratos de “los héroes de nuestra primera independencia y un gran retrato del señor presidente Díaz”. En la noche arribó a San Salvador, fue recibido por los ministros de Relaciones Exteriores y

⁷ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 22 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 38-51.

⁸ *Idem*; Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 20 de noviembre de 1899. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 10-14.

de Gobernación y lo trasladó a su hotel el carruaje presidencial. Al día siguiente recibió al gabinete en pleno y realizó una visita de cortesía al general Regalado.

El encargado de negocios recibió las instrucciones de Mariscal y el memorándum de Saldívar hasta el segundo día de su visita.⁹ Según lo ordenado, se entrevistó de nuevo con Regalado –“hombre cuya honradez y cuyo valor no son puestos en tela de juicio ni por sus enemigos”- y se puso a sus órdenes. El general había

solicitado el apoyo moral de México con el objeto de que la turbulenta política centroamericana abandone su propia turbulencia (*sic*) y pueda separadamente cada uno de los cinco estados entregarse al desarrollo de sus elementos de riqueza.

Gamboa explicaría después que la condición del istmo era “demasiado alarmante”, y la situación de El Salvador poco halagüeña.

Todas estas repúblicas temen al Salvador, y de ahí que estén sin cesar celebrando pactos secretos para contrarrestar sus arranques batalladores. Guatemala la odia de antiguo y bajo cuerda se supone que está unida a la política de (José Santos) Zelaya que es el presidente de Nicaragua y a la vez el árbitro de los destinos de Honduras por el influjo incondicional que ejerce en el ánimo del presidente (Terencio) Sierra. Como Ud. ve el plan no está tan mal urdido, pues Guatemala, Nicaragua y Honduras juntas, quizá sí podrían deshacer al Salvador, no obstante el empuje de éste. Además, entre el general Zelaya y el general Regalado existe una animadversión casi personal que mucho complica los acontecimientos. Costa Rica aparece como la única amiga leal del Salvador, pero por su lejanía, por lo exiguo de sus recursos y ejército y por sus dificultades de límites con Nicaragua y con Colombia, (en aquel entonces Panamá era todavía parte de la República de Colombia) véase reducida a traducir su afecto hacia El Salvador por modo meramente platónico.

⁹ Ignacio Mariscal al encargado de negocios *ad interim* de México en Centroamérica. San Salvador. México, 21 de noviembre de 1899. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 8 y 9; Ignacio Mariscal al encargado de negocios *ad interim* de México en Guatemala. México, 16 de diciembre de 1899. AHSREM, Exp. 6-13-107, f. 15.

Debo significar a Ud., de paso, que sería preciso escribir un volumen para dar una idea de lo compleja e ilógica que es esta política centroamericana. Con excepción del Salvador, y en algunos puntos incluyéndolo, calcúlese Ud. un mundo de ambiciones mezquinas, una inmensa y mutua desconfianza, una crisis económica general, un derroche de fondos en espionaje sin pudor, un ruinoso alarde de imperfecto militarismo, una tiranía sin límites y un desprecio por la vida humana que causa espanto.

Regalado pretendía lograr, por medio de Gamboa, una entrevista con los demás presidentes del istmo en un lugar neutral. Gamboa propuso, tal como le había dicho en una ocasión Estrada Cabrera, que el mejor lugar para tal cumbre era un barco, y ofreció, a reserva de la aprobación de su gobierno, el préstamo de uno de los dos guardacostas que tenía México en el Pacífico.¹⁰

Además de las negociaciones con Regalado, Gamboa disfrutó de un “sinnúmero de festejos y consideraciones con que fue obsequiada la representación de México en esta república”. Fue invitado al pueblo de Santa Ana, a la casa de Regalado, y al llegar fue recibido por una valla de más de trescientos lugareños, quienes “por propia y espontánea voluntad”, se habían formado para esperarlo. El día 27, en San Salvador “todo el pueblo” se volcó a las calles para realizar una “manifestación monstruo”. Eran miles de personas, reunidas “sin participación alguna del gobierno ya que, según me han asegurado, no la ha hecho igual jamás con ninguno de sus presidentes”. Con credulidad absoluta Gamboa relató a Mariscal como

Más de tres mil personas, contándose dentro de ese número hasta señoritas principales, después de organizarse en el parque de Morazán se diri-

¹⁰ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 22 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 38-51. Gamboa ofreció el barco pensando en “la favorable resonancia” que representaría para México el que los países centroamericanos depusieran sus odios a bordo de una nave mexicana. Mariscal aprobó el ofrecimiento de Gamboa: Ignacio Mariscal al encargado de negocios *ad interim* de México en Guatemala. México, 28 de marzo de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, f. 52. Años después, en 1906, los países de Centroamérica firmaron un tratado de paz, en presencia de Gamboa y otros dignatarios, a bordo de un barco, el “Marblehead”, de la marina estadounidense.

gieron en compacta formación, iluminándola con antorchas, hasta el frente de mi alojamiento, en cuya calle se habían colocado de antemano atriles para la orquesta y una tribuna para los oradores. El avance de cortejo tan enorme resultó de veras imponente; al par de millones de cohetes y de las notas de una marcha militar salían poderosas y sinceras vivas a México; y en el centro de su agrupación, alumbrado por candelabros el retrato del señor general don Porfirio Díaz, llevado en hombros por el pueblo, servía de lazo de unión entre nuestro pabellón nacional y la bandera salvadoreña.¹¹

Ante el clamor de la multitud, Gamboa respondió con una perorata de veinte minutos, donde habló, “más con el corazón que con palabras”. Después marchó con la multitud por las principales calles de la ciudad hasta el parque Morazán. Escribió arrobado en su *Diario* que de todas las calles, hogares y corazones salvadoreños salía “un inmenso, múltiple y noble himno de gratitud hacia México”, que atribuía a

un culto a ese México tan amado en país distante; el sufrido y heroico centinela de nuestra raza en el continente, según puede demostrarlo con las elocuentes cicatrices de determinadas fechas que responden a determinados periodos luctuosos de su vida, en los que su independencia hase hallado a punto de zozobrar; y que ahora, en su actual periodo de progreso y acrecentamiento de fuerza, se acuerda de sus hermanos más pequeños, contempla simpáticamente a los más remotos y anhela que agrupados todos en un solo cuerpo reciban de buen grado en su frente de naciones libres el desinteresado ósculo de paz, que por ejemplo el viaje mío, envía desde luego a estas cinco feraces repúblicas centroamericanas.

Conmovido por esos “instantes de delirio inolvidable: el espíritu de un pueblo exteriorizando su gratitud por otro, bajo la bóveda estrellada de un cielo tropical”,¹² el encargado de negocios enunció una

¹¹ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 20 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 53-58.

¹² Gamboa, Federico, *Mi diario II (1897-1900), mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pp. 87-88.

parte fundamental de los móviles de la política exterior porfiriana. Pero también había un aspecto más prosaico, que tenía que ver con la lucha por lograr un equilibrio de poder favorable a México en Centroamérica, algo a lo que se resistía Guatemala. Y esa lucha haría fracasar la misión de paz.

No terminaron allí las atenciones salvadoreñas: un periódico anunció que la municipalidad capitalina había recibido la petición (la cual, según noticias “fidedignas” fue acordada favorablemente, a decir de Gamboa), de que el parque principal de la ciudad fuese bautizado como “Parque Benito Juárez”, y que la avenida “más amplia y moderna” se llamara “Avenida Porfirio Díaz”. El general Regalado se mostró en extremo hospitalario con Gamboa: lo invitó a comer a su propia casa y con su familia, puso a su disposición el carruaje presidencial, el ferrocarril, el telégrafo y el correo y no permitió que pagara un solo peso de la cuenta del hotel donde se alojó. El encargado de negocios sostenía que “lo único hostil para nosotros en El Salvador es su clima; la fiebre amarilla es endémica”. Inclusive los opositores a Regalado organizaron su propia manifestación en honor de México y de Gamboa, justo cuando el presidente estaba comiendo con éste.

Gamboa atribuyó esa cordialidad a “un respetuoso cariño y una extraordinaria gratitud” del pueblo y el gobierno salvadoreño hacia el general Díaz, “por su oportuna intervención en los asuntos centroamericanos el año de 1885, intervención que dio entre otros beneficiosos resultados, que El Salvador conservase incólume su integridad”.¹³

Mariscal se enteró con satisfacción de las atenciones recibidas por Gamboa en El Salvador y dispuso que la prensa mexicana las divulgara. El encargado de negocios sugirió que México retribuyese esas cortesías donando por lo menos mil pesos a los establecimientos de beneficencia del país centroamericano; el canciller respondió que el gobierno mexicano había decidido dar “hospitalidad gratuita” en el pabellón de México, en la exposición universal de París, a los “efec-

¹³ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 20 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 53-58.

tos y objetos" que El Salvador quisiese exponer allí.¹⁴

Por fin, el 6 de enero de 1900, Gamboa continuó su viaje; en el puerto de Acajutla escribió: "mientras más observo al pueblo salvadoreño más simpático me resulta. Me refiero al pueblo legítimo, al de verdad, no al falsificado que nos sirven en sus decretos y en sus discursos casi todos los gobiernos y casi todos los parlamentarios hispanoamericanos".

Las muestras de afecto no habían sido en vano.

La hermana mayor y las hermanas pequeñas

Dos días después Gamboa arribó al puerto costarricense de Puntarenas¹⁵. Lo impresionaron lo cálido de la comarca y la abundancia de víboras. Para ir a San José era preciso pasar por Alajuela, ciudad azotada por la fiebre amarilla, epidemia que obligaba a las autoridades a quemar manzanas enteras. Llegó a la capital en la noche del 10 de enero.¹⁶

Al día siguiente, en compañía de Francisco Reyes –nombrado nuevo plenipotenciario de El Salvador en San José–, don Federico se entrevistó con el presidente Rafael Iglesias.

Pertenece a una de las familias principales de la república; se halla enlazado a una dama costarricense distinguidísima y observa una conducta sin tacha. Alardea de culto, sin duda por no distinguir los recientes honores de que acaba de ser objeto durante un viaje a Europa; goza de la reputación de valiente sin ser militar, así como de la de honrado, y no obstante que se incantó (*sic*) del poder por una revolución y a pesar de los muchos enemigos que tiene, afectos y desafectos le reconocen grandes energías y afán porque Costa Rica progrese. Sólo se le tilda, y con razón a

¹⁴ *Idem*; Ignacio Mariscal al encargado de negocios *ad interim* de México en Guatemala. México, 28 de marzo de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, f. 59.

¹⁵ Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, pp. 92-95.

¹⁶ *Ibid*, pp. 96-100; Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 25 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 60-66.

mi juicio, de haber convertido a su gobierno en demasiado personal, pues en efecto gusta de entenderlo y resolverlo todo, haciendo a un lado, cuando así le conviene, el parecer de sus ministros. Por lo demás es en su comercio un perfecto y cumplido caballero.

Iglesias se mostró complacido con la misión de Gamboa, aunque manifestó su duda de que el presidente nicaragüense Zelaya aceptase la conferencia de paz que promovía el mexicano. Como una atención para México, Iglesias —quien dijo temer que Zelaya invadiese Costa Rica en breve— ofreció retirar sus tropas de la frontera con Nicaragua, mientras el diplomático mexicano averiguaba el punto de vista de Managua.

Al parecer el objeto de la misión de Gamboa ya era bien conocido. Iglesias le entregó unas bases para una conferencia de paz junto con una carta de aceptación privada; por su parte, Reyes fue autorizado para escribir una carta similar en nombre del general Regalado. Gamboa aceptó las bases y accedió a presentarlas como si fueran de su entera cosecha.¹⁷

El presidente costarricense proponía que la aceptación de sus pares centroamericanos a la conferencia implicaba la obligación de abstenerse de todo acto hostil contra los estados que la hubieren aceptado, así como suspender todos los preparativos bélicos y controlar a los exiliados políticos. Al aceptar la propuesta hecha por Gamboa, cada jefe de estado lo comunicaría confidencialmente a sus homólogos; cuando todos lo hubiesen hecho, su acuerdo se haría público mediante una comunicación escrita para el encargado de negocios de México.

La conferencia tendría lugar treinta días después de haberse recibido la última aceptación presidencial, en un barco de guerra mexicano o, en su defecto, en Amapala, Honduras. México, en su carácter de “iniciador amigable” de la conferencia, acreditaría un representante y podría hacer propuestas, como el resto de los participantes. El delegado mexicano presidiría la reunión.

¹⁷ *Idem.*

La conferencia concluiría con un tratado de paz, que también firmaría el delegado mexicano. El rechazo del documento sería considerado acto de hostilidad para con aquél o aquellos gobiernos con quienes se tuviesen dificultades pendientes. Se fijó el 28 de febrero de 1900 como límite para aceptar las bases de la conferencia; si todos los presidentes lo hacían, ese mismo día el representante de México daría por alcanzado el objeto propuesto; en caso contrario, el delegado mexicano lo comunicaría de manera privada a los gobernantes que hubieran contraído el compromiso, dando por terminada la misión mexicana de paz.¹⁸

Tomás Regalado y Rafael Iglesias aceptaron las bases.¹⁹ Manuel Estrada Cabrera y José Santos Zelaya eran huesos más duros de roer. Gamboa, quien dudaba de la honradez de palabra del primero, le envió sendos telegramas para avisarle de la propuesta de paz desde El Salvador y Costa Rica; la primera vez Estrada Cabrera respondió que consideraba indispensable que el encargado de negocios obtuviera el consentimiento de los cinco presidentes del istmo, y para el segundo sólo agradeció a Gamboa sus gestiones y agradeció las noticias sobre ellas, “suponiendo quizá con inexplicable ofuscamiento que un representante de México podía convertirse en agente confidencial de una república como Guatemala”. Don Federico, recelando del guatemalteco, continuó su misión.

¹⁸ “Bases para la Conferencia de Paz”. Copia realizada por la Legación de México en Guatemala, fechada el 20 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 70-71. Mariscal aprobó el que Gamboa aceptase presentar como iniciativa suya las bases de Iglesias. Ignacio Mariscal al encargado de negocios *ad interim* de México en Guatemala. México, 28 de marzo de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, f. 77. Gamboa escribió en su diario que ese proyecto de paz fue “combinado” por él e Iglesias; al respecto reflexionó: “Como caso que la reconciliación se lleve a cabo, toda ella será bajo la égida de México, yo trabajo con extraordinario ardimiento; pues, México, en este caso, no sólo no amenaza a ninguno de los cinco países, ni por débiles pretende humillarlos, ni los obliga a pegarse a exigencias ominosas, sino que se concreta a proponerles que honradamente se abracen y se lancen de buena fe, por ahí, en busca de más progreso y de un poquito de dicha”. Gamboa, *Federico, Mi diario II...*, pp. 100-101.

¹⁹ Rafael Iglesias a Federico Gamboa. San José de Costa Rica, 27 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 70-71; Francisco A. Reyes a Federico Gamboa. San José de Costa Rica, 28 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 72-73.

En San José también le fueron ofrecidos honores al encargado de negocios; no tan sonoros como en El Salvador pero tampoco desdeñables. Un baile con la asistencia del presidente y su gabinete; un paseo de tres días en Puerto Limón; una serenata de la banda militar frente a su hotel y un banquete con Iglesias, sus ministros y el cuerpo diplomático. No le pagaron el alojamiento, pero si le permitieron el libre uso del correo y el telégrafo.²⁰

Aún con las reservas con que se deben tomar los conceptos expresados durante el trato diplomático, resulta muy interesante lo que comentó el periódico oficial de Costa Rica:

La república de México ha sido objeto siempre de vivas simpatías para el pueblo costarricense no menos que para su gobierno, porque, a más de las análogas de origen, de raza, de idioma y de instituciones, ese pueblo nos ofrece las provechosas lecciones de ayer, que precaven, y de los útiles ejemplos de hoy, que estimulan, para orientarnos en nuestra marcha hacia la meta de la civilización.²¹

Asimismo, en el banquete celebrado en el Hotel Imperial la noche del 26 de enero, el subsecretario de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Justo A. Facio expresó, a la hora del champagne:

México, señores, está demostrando al mundo todo lo que es capaz de hacer un pueblo joven que tiene por norma de conducta el orden, la paz y el amor al trabajo. Colocado junto con los primeros a la cabeza de los

²⁰ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. San José de Costa Rica, 25 de enero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 60-66. Según el diario de Gamboa, la serenata estuvo dedicada al plenipotenciario Reyes, y por atención al mexicano, la banda, después de interpretar el himno nacional salvadoreño, procedió a ejecutar la melodía que tenían por el himno mexicano: The Star-Spangled Banner. Cuando Gamboa hizo notar el error, el subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del despacho, Justo A. Facio, quedó tan abochornado que amenazó con mandar al calabozo al director de la banda. El confundido filarmónico alegó en su defensa que en el inventario de partituras que le entregaron al hacerse cargo del conjunto, esa melodía estaba rotulada como el himno de México, y como tal la habían considerado hasta entonces. Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, pp. 108-109.

²¹ Editorial de *La Gaceta, Diario Oficial*, San José de Costa Rica, domingo 28 de enero de 1900, pp. 91-92; AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 39 y 40.

pueblos latinoamericanos, México nos enseña con el ejemplo y nos infunde confianza en el porvenir. Su presente es una espléndida manifestación de un vigoroso esfuerzo, y Costa Rica, que siente correr por sus venas la sangre de esa raza, celebra con orgullo de familia los triunfos de su hermana mayor.

Como resultado de la ley histórica según la cual todos los pueblos engendran hombres proporcionados a la magnitud de la labor que emprenden, México tiene hoy en el ilustre general Díaz, su digno presidente, el conductor firme y activo de ese movimiento de progreso que lo lleva, entre el aplauso general, a la cumbre luminosa de la civilización.

Gamboa respondió complacido que México aceptaba con gusto el dictado de hermana mayor de estas repúblicas, porque habiendo sufrido más que ellas, podía ofrecerles saludables lecciones de experiencia, y porque, terminando el laborioso periodo de consolidación, México no se desentendería de la suerte de sus hermanas más pequeñas.²²

Los mudos cañones de Corinto

El encargado de negocios partió el día 28 a Puntarenas, para embarcarse con rumbo a Nicaragua.²³ La fiebre amarilla seguía causando estragos en Alajuela, al punto que las autoridades estaban incinerando casas, sementeras y semovientes. Para no arriesgar su persona ni las del escribiente Miguel Meneses y el mensajero Tomás Ugarte, quienes formaban su reducida comitiva, Gamboa intentó hacer el viaje por Puerto Limón y Panamá; pero se enteró de que en el último lugar también sentaba sus reales la enfermedad y decidió arriesgarse y seguir el itinerario original. El gobierno tico le proporcionó todas las facilidades necesarias para cruzar rápidamente la infectada comarca. El 1º de febrero desembarcó en el puerto de Corinto, Nicaragua.

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

Lo recibieron con una salva de 21 cañonazos -"que de sobra sé", escribió, "no es la que corresponde a mi grado"- disparados por el barco de guerra "Momotombo". Partió rumbo a Managua en un tren expreso, pero en Chinandega fue obligado a bajar por las autoridades locales para ofrecerle un brindis en el local del cabildo. En León -"verdadera metrópoli de la república por los 4,500 habitantes que encierra"- le ofrecieron un banquete y un paseo por la catedral y los principales edificios "a eso de las tres de la tarde y bajo un sol que miente". Con "una inmensa cantidad de acompañantes", llegó hasta el muelle de Momotombo, en el lago de Managua; allí tomó el vapor especial "El Progreso", a bordo del cual llegó al muelle de la capital a las 9 de la noche. Lo recibió el oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y el carruaje presidencial lo condujo al hotel.

Al día siguiente fue recibido por José Santos Zelaya y el ministro de Relaciones Exteriores, Fernando Sánchez.²⁴ El gobernante nicara-güense tenía colgada en su despacho una foto de Porfirio Díaz y se decía que se consideraba admirador e imitador del presidente mexicano.²⁵ La primera impresión que tuvo Gamboa de él fue muy distinta a la que le merecieron los mandatarios de El Salvador y Costa Rica.

Casi todos los malos informes que se me habían dado del general Zelaya, los confirmé desde mi primera entrevista con él. Es, en efecto, un ambicioso y un atrabiliario que gobierna a su país a lo militar y sin consideraciones para con los que en realidad son o él cree enemigos suyos. No carece de inteligencia, antes al contrario; pero es desconfiado, suspicaz y cruel. Odia a muerte a Costa Rica y especialmente al presidente Iglesias, lo mismo que al general Regalado y al pueblo de El Salvador ... Acostumbrado el general Zelaya a que todo el mundo se le rinda, algo se resiente en sus modales de esa su discutible superioridad, y aparece, en consecuencia, en las primeras veces que con él se habla, un tanto seco y antipático. Después no, gana mucho con el trato y aun llega en ocasiones a ser de veras amable.

²⁴ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 19 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 78-93.

²⁵ Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, p. 123.

Según Gamboa, Zelaya era el gobernante centroamericano con mayores y más modernos elementos de guerra. Había dotado a su ejército con el fusil Remington reformado -del que se decía que rivalizaba con el Máuser, con cañones de tiro rápido y ametralladoras “de las mejores fábricas europeas”. Además, contaba “con la barbarie de sus connacionales, los que, es fama, no respetan ni rey ni Roque cuando se les lanza en contra de algún enemigo”. En cuanto a medios navales, Zelaya disponía del “Momotombo”, nave de menos de 600 toneladas que antes había trabajado como transporte de carneros en el sur de Chile, con el nombre “Osorno”; no tenía nada de buque de guerra, excepto que estaba construido con acero. Le dotaron con cuatro cañones modernos en proa, popa, babor y estribor. Zelaya contaba con otro buque en Bluefields, en la costa del Caribe, el “11 de Julio”, “pequeñísimo, pero regularmente armado”. En tierra, Nicaragua tenía 100 piezas de artillería, entre ellas “dos cañones de dinamita”, y podía levantar un ejército de 50 a 60 mil hombres, con los que, a juicio de Gamboa, “devoraría a Costa Rica”.

El encargado de negocios también sostenía que Zelaya se creía “el depositario en América del estandarte del liberalismo”. Le atribuía el haber colocado en la silla presidencial del Ecuador a Eloy Alfaro; también el ser proveedor de ayuda a trasmano a los liberales colombianos, para derrocar al gobierno conservador de Manuel Antonio Sanclemente. Para Gamboa la “arrogancia de este diminuto país” se debía al

interés que los Estados Unidos demuestran públicamente por el canal interoceánico al través de Nicaragua; esto los hace suponerse invulnerables y apoyados, aun cuando en honra de la verdad, arranque del general Zelaya, en ocasión que discutimos acerca de los probables peligros de ese canal, esta respuesta hondamente trágica: “Comprendo los riesgos, pero ¿qué quería Ud. que respondiese Nicaragua, si suponiendo que se opusiera, los Estados Unidos se reirían de su oposición? Más vale conceder de buen grado lo que no podría rechazarse por la fuerza”.

Zelaya manifestó desde el principio su recelo hacia la misión del encargado de negocios, y puso en duda los motivos de México. Para Gamboa esa conducta expresaba dos “defectos salientes” de los nicaragüenses:

su inverosímil e imperdonable ignorancia sobre México y la importante situación que gracias a su gobierno ocupa no sólo en nuestro continente sino en el europeo; y es el segundo, una presunción sin límites por lo que mira a sus calidades batalladoras, se creen una Prusia centroamericana.

Zelaya tenía una idea muy clara -y bastante atinada- de los móviles de la misión de Gamboa. El gobierno mexicano procuraba la unión de los presidentes de Centroamérica “a fin de que atrayéndose El Salvador y teniéndolo como a un aliado desapareciese la continua tirantez de relaciones que siempre ha mantenido distanciados a Guatemala y México”. El encargado de negocios consideraba que eso era un error, y contestó que México, desde la independencia, había visto a Centroamérica con paternales ojos, “porque como mayor y más fuerte, incomparablemente más fuerte, anhelaba para ella el bienestar que nosotros a trueque de tanta dolorosa experiencia hemos afianzado definitivamente”.

Terminada la escaramuza verbal, que lo dejó temeroso de que Zelaya no hubiese creído sus palabras, Gamboa entregó al nicaragüense una copia de las bases de la conferencia de paz. El presidente las leyó allí mismo, “reposada y despaciosamente”, y después le solicitó al encargado de negocios dos o tres días para estudiarla y consultar a sus consejeros para dar una respuesta definitiva.

La tuvo lista unos días después: no quería nada con El Salvador y con Costa Rica, “pues le daba en el corazón que se encerraba en la propuesta alguna mala partida”; había teleografiado además a Manuel Estrada Cabrera y Terencio Sierra, “con quienes Nicaragua marchaba de acuerdo en este capítulo”, y el guatemalteco había respondido de manera negativa, de lo que se deducía “que ni por asomo se hallaba conforme con la proyectada conferencia”. Por lo tanto, Zelaya se rehusaba a suscribir la convención.

Le dijo “en lo confidencial” a Gamboa que la idea perseguida por México era una bellísima quimera irrealizable, pues lo que necesitaban los cinco presidentes centroamericanos era que *algún espadón, sin miramientos, los metiera a todos dentro de un zapato.*”

El mexicano sólo atinó a responder que le sorprendía el que Estrada Cabrera desautorizara sus gestiones, “cuando a mi partida de Guatemala me había suplicado contara yo con su incondicional aprobación para cuanto yo arreglara respecto a la paz en Centroamérica”. El desconsolado encargado de negocios le pidió una sola cosa a Zelaya: que le aclarase su afirmación sobre la “mala partida para Nicaragua”; el presidente replicó en el acto que no se refería a México, “para el que no abrigaba sino gratitud y simpatía”, sino a El Salvador y Costa Rica.

El enfriamiento entre Gamboa y Zelaya era demasiado visible. De poco sirvieron los corteses agasajos que le ofrecieron los nicaragüenses, que culminaron con un banquete de 130 cubiertos al que asistió el presidente. El ministro de Relaciones, Fernando Sánchez, le ofreció negociar un tratado de comercio muy ventajoso para México, al tiempo que le suplicaba que “declarase fracasada su misión de paz” e influyera en Estrada Cabrera para que éste reconsiderase su negativa.

Gamboa abandonó Nicaragua el 14 de febrero.²⁶ La despedida no incluyó los mismos honores de la bienvenida. Los cañones de Corinto permanecieron mudos, cosa que lo llevó anotar en su diario: “en materia de humo, lo mismo es más que menos”.²⁷

Las risas y carraspeos de Estrada Cabrera

La misión de paz había fracasado. Ya no tenía caso visitar al presidente Terencio Sierra en Tegucigalpa. El 16 de febrero, durante su escala de unas horas en el puerto de Amapala, Gamboa envió un sa-

* Subrayado en el original.

²⁶ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 19 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 78-93.

²⁷ Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, p. 133.

ludo telegráfico al gobernante hondureño.²⁸ En opinión del encargado de negocios, México debía renunciar a la pacificación de “estos pueblos hermanos, que se aman entre sí con el mismo intenso afecto que Caín nutría por Abel”.²⁹

No sólo el rechazo de Estrada Cabrera a las bases para la conferencia determinó el fracaso de la misión pacificadora. El 6 de febrero Tomás Regalado telegrafió a Porfirio Díaz para avisarle que Guatemala había empezado a hacer preparativos bélicos y movilizaba tropas hacia la frontera con El Salvador. Díaz le respondió que tomaría las medidas más oportunas.³⁰

Durante su viaje de regreso Gamboa recaló en El Salvador, donde de nuevo fue colmado de atenciones. En Acajutla se reunió con el secretario de Relaciones Exteriores, Román Rivera, quien puso a su disposición un tren expreso para ir a la capital a ver al general Regalado. El encargado de negocios se rehusó pues, según explicó a Medina no quería “dar pábulo a que se dijera que realmente existe una secreta inteligencia entre ambos gobiernos, el de El Salvador y el de México”.

Gamboa le habló a Rivera sobre el fracaso de la misión, cosa que atribuyó a la “duplicidad de Estrada Cabrera”. El descorazonado canciller le informó, por su lado, que Guatemala había desplazado a la frontera con El Salvador tropas y artillería. Como el general Regalado había enviado un extrañamiento, los guatemaltecos respondieron que sus movimientos se debían a “pura precaución”, pues unos bandidos salvadoreños estaban cometiendo a diario depredaciones en suelo guatemalteco. A Gamboa le dio la impresión de que el gobierno de

²⁸ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 19 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 78-93. No sólo el fracaso de la misión disuadió a Gamboa de ir a la capital. Los hondureños ya tenían preparadas a disposición de Gamboa las monturas para ir a Tegucigalpa; en aquel entonces el viaje demandaba tres días a lomo de mula. Para colmo había también una fuerte epidemia de fiebre. Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, pp. 133-135.

²⁹ Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, p. 124. Cfr. Cosío Villegas, Daniel, *Op. Cit.*, pp. 610-618.

³⁰ Tomás Regalado al presidente de México. San Salvador, 6 de febrero de 1900; Porfirio Díaz al presidente de El Salvador. Santa Tecla, México, 10 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 28 y 29.

San Salvador había decidido no pelear a menos que se viera forzado a hacerlo. Al despedirse acordaron el uso de un código secreto para comunicarse en caso de urgencia.³¹

Gamboa, frustrado por su fallida misión, no anhelaba más que reunirse con su familia.³² Su ánimo no estaba para festejos, pero casi tan pronto como llegó a San José de Guatemala en la tarde del 18 de febrero, fueron a recibirlo Luis Ricoy, segundo secretario de la legación de México, y el comandante del puerto; el segundo traía órdenes del presidente de poner a su disposición un tren expreso para llevarlo a la capital, cosa que se verificó al día siguiente.

El gobierno guatemalteco pagó el hospedaje de Gamboa en San José; las autoridades departamentales de Escuintla le ofrecieron un concierto y un almuerzo, y algo parecido ocurrió en Amatitlán. En la capital lo aguardaba el subsecretario de Relaciones Exteriores, quien lo condujo a la legación mexicana en un carruaje gubernamental. Llamó la atención a don Federico tal recibimiento, pues nunca se le había ofrecido algo semejante a un ministro mexicano, máxime que él no tenía ese grado, su viaje había durado poco y no era la primera vez que llegaba. Esa noche telegrafió a Mariscal: "Fracasada mi misión por incalificable falsedad de Estrada Cabrera". En una carta posterior le manifestó su parecer personal sobre la situación política del istmo, palabras que pueden tomarse como el informe final de su misión.

En la región había dos pugnas principales entre países vecinos: Nicaragua contra Costa Rica y Guatemala contra El Salvador. Honduras "no ha sido siempre sino la pesa que determina a última hora hacia qué lado se inclinará la balanza".

Los problemas entre Nicaragua y Honduras databan de 1856, cuando se produjo la invasión del filibustero William Walker. Una vez derrotado y fusilado el aventurero estadounidense, las fuerzas aliadas centroamericanas se retiraron a sus respectivos países, pero Costa Rica

³¹ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 24 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 97-108.

³² Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, pp. 136-138.

sintiéndose armada se creyó guerrera y como siempre se ha distinguido por un exagerado espíritu de economía, rayano en la avaricia, creyó que debía ideminizársele por los gastos que contra su costumbre tenía impendidos. Hizo su cobro a Nicaragua, que carecía de recursos, y que para pagar no halló mejor camino que dejar a Costa Rica en quieta posesión del departamento del Guanacaste, colindante con los de Alajuela y Puntarenas, y de tiempo atrás codiciado por la última.

Nicaragua “disfrazó” la mutilación de “cesión voluntaria”, pero la herida permaneció abierta y se fue agravando con el tiempo, con el acicate adicional de la mayor prosperidad de Costa Rica con respecto a su vecina del norte.

En cuanto al encono entre Guatemala y El Salvador, Gamboa consideró sus causas como demasiado conocidas por la cancillería mexicana, la cual “hasta ha intervenido para apaciguar algunas de ellas”. Empero, citó entre las más recientes a “la abortada República Mayor de Centroamérica”, que, según él, no tuvo otros fines que “aniquilar a El Salvador... sojuzgar a Guatemala y adueñarse a lo último de Costa Rica; con lo que queda relegada a la fuerza la quimérica unión centroamericana”.

José Santos Zelaya era el árbitro de Nicaragua y Honduras, y ejercía un “influjo incondicional” sobre el presidente Sierra, al que facilitaba armas y daba consejos. Gamboa decía saber, “por fuentes fidedignas”, que había una alianza defensiva entre Guatemala, Honduras y Nicaragua, por lo que decidió no ir a Tegucigalpa, para no exponerse a una nueva negativa. Gamboa concluyó:

Lo grave para mí, señor, consiste en que la primera ocasión en que México se decidió a intervenir de manera directa en los asuntos de Centro América, no haya logrado lo que era de esperarse dado el respeto en que debiera tenersele, esto es un agradecimiento sincero y una obediencia total a sus bienintencionadas gestiones. Previniendo esto, se servirá Ud. observar que en la última de las bases y dando por hecho que no se llegase al resultado que se buscaba, México sin darse por ofendido ni mucho me-

nos, se limitaba a “dar por terminada su intervención amistosa, en el caso presente”.³³

Don Federico estaba resuelto a no mirar más a Estrada Cabrera, salvo que éste lo solicitase directamente, y a no tratar ningún asunto con la cancillería guatemalteca sino por nota y de manera formal. Sin embargo, en un banquete ofrecido a la oficialidad de un buque de guerra italiano, el presidente se mostró “especialmente obsequioso” con Gamboa, y le manifestó su extrañeza de que no hubiese pasado a saludarlo. Gamboa se excusó alegando “una ligera indisposición”, y prometió ir a verlo pronto, “no obstante pleno viraje del presidente Cárdenas y cuando las perspectivas que abría la situación internacional demandaban transformaciones radicales en el país. De esa manera no era factible, por más que llegó a la gubernatura el rancharo de la sierra Noradino Rubio, que pudiera seguirse una política agraria y laboral semejante a la de los primeros tres años de gobierno del presidente Cárdenas. Por el contrario, el reparto agrario tendió a frenarse mientras se daban concesiones de inafectabilidad agraria a los hacendados.

Una vez reunidos, el encargado de negocios le habló con rudeza al presidente sobre lo ocurrido con Zelaya, quien se negó a firmar las bases porque Estrada Cabrera se negó a dar su consentimiento, no obstante haber asegurado lo contrario, en persona, al mexicano. El guatemalteco no opuso

sino sonrisas y carraspeos, viniendo a quedar, luego de inútil plática, en que la verdad era que él desconocía esas bases, y que a la que se negó, (confesión paladina) fue a reconocer como por él dictada la 2a que le poderaron por muy comprometedor.

Que sin embargo me suplicaba que le enviase yo una copia de ellas, a fin de estudiarlas con entera calma y poder significarme con perfecto conocimiento de causa, si se repetía mi solicitud a los presidentes centroamericanos.

³³ Federico Gamboa al ministro de Relaciones Exteriores de México. Guatemala, 24 de febrero de 1900. AHSREM, Exp. 6-13-107, ff. 97-108.

Gamboa tuvo que enviarle una copia; Estrada Cabrera persistió en su rechazo a la segunda, propuso a Gamboa modificarla juntos y le pidió, también, mandar una carta oficiosa a Tomás Regalado, para convencerlo de no dar crédito a "los enemigos de Estrada Cabrera", que pretendían hacerle creer que Guatemala realizaba grandes aprestos bélicos en la frontera.³⁴

No habría, por el momento, más intentos mexicanos de promover la paz, ni mucho menos un segundo intento de poner a consideración de los presidentes centroamericanos las bases de una conferencia de paz. Tras aprobar la conducta de Gamboa, Mariscal le comunicó que el presidente Díaz había acordado que se prescindiese de "toda intervención de México en la proyectada conferencia", a menos que los cinco gobernantes de la región lo solicitaran.

A pesar de que Gamboa había atribuido el fracaso de su gira de paz en Centroamérica a la doblez de Estrada Cabrera, presumía que sus relaciones personales con el guatemalteco eran buenas. De hecho, en cierto momento Gamboa las había calificado de "excelentes" y como "lo mejor de lo bueno".³⁵ Don Federico aún no se había desengañado por completo del gobernante guatemalteco, pero el tiempo se encargaría de hacerlo.

Conclusión

La misión de paz de Federico Gamboa en Centroamérica tuvo lugar en los mejores años del régimen porfiriano en cuanto a progreso material y tranquilidad interna. Era natural que el gobierno mexicano, orgulloso del crédito que empezaba a gozar el país luego de tantos años de lucha interna, se preocupase por colocar a México en un mejor lugar en el concierto de las naciones. Una manifestación de este afán fue la decisión de asumir un papel más activo en la política regional de Centroamérica.

³⁴ *Idem.*

³⁵ Gamboa, Federico, *Mi diario II...*, pp. 60 y 62.

Era necesario actuar en el istmo, pues todavía presentes los problemas con Guatemala por la larga y difícil negociación de límites, y agravados por la llegada al poder de Manuel Estrada Cabrera, no estaba de más tratar de inclinar la balanza del lado mexicano mediante el logro de alianzas con otros países de la región, al tiempo que se favorecían la paz y la unión de Centroamérica. Esas dos últimas condiciones eran también favorables para la estabilidad de la frontera sur mexicana.

Gamboa actuó, hasta donde nos es posible ver, convencido de la pertinencia de que México -la hermana mayor-, ayudase a sus hermanos menores con sus buenos oficios y su ejemplo de un régimen estable que conseguía el progreso material por su patria. Consideraba imperdonable la ignorancia centroamericana sobre México, pero no se preguntó que tanto sabían los mexicanos de sus vecinos del sur. Observador a veces perspecaz, a veces prepotente, su punto de vista no dejaba de estar contaminado con prejuicios sobre los centroamericanos. Aunque Manuel Estrada Cabrera se reveló pronto como un adversario taimado y astuto, Gamboa, al parecer, tardó en darse cuenta, y aún así parecía abrigar un ligero deseo de mejorar las relaciones con el guatemalteco, a pesar del papel de éste ante la gira pacificadora.

La gestión de paz fracasó. La diplomacia mexicana subestimó las intrigas de Estrada Cabrera y sobrestimó la capacidad de México para realizar, en solitario, tales esfuerzos diplomáticos.

Gamboa abandonó Guatemala en 1902 para desempeñar otros encargos diplomáticos. Regreso en 1905, como plenipotenciario de México. Su relación con Estrada Cabrera sería aún más difícil, y se enfrentaría a los afanes de otro país, que con mucho mayores recursos e intereses en juego que México, trataba de imponer su hegemonía en la región: Estados Unidos.